

## LA CRITICA EN LA EDAD ATENIENSE \*

Alfonso Reyes

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México inició sus cursos de invierno en enero y febrero del pasado 41. Encomendó uno de ellos a Alfonso Reyes. Este eligió por tema *La Crítica en la Edad Ateniense*. El curso acaba de aparecer en un copioso volumen editado por El Colegio de México. En once capítulos dedicados respectivamente a *Los orígenes*, *La era presocrática* en general y en particular, *Los historiadores*, *Sócrates*, *El Teatro* en general y en particular, *Aristófanes*, *Platón*, *Isócrates*, *Aristóteles*, *Teofrasto* y una *Conclusión*, rastrea y desarrolla Alfonso Reyes los orígenes de la crítica literaria en la cultura occidental. Naturalmente, todo rastrear orígenes tiene que empezar por hacer suya "la ridícula proposición" "los impuestos en Roma comenzaron por no existir", que "decía el manualito de Derecho Romano". Alfonso Reyes lo hace tan consciente y donosamente como acabo de citar. Pero todo rastrear orígenes tiene que hacer también otra cosa, "adoptar un criterio de tolerancia", "cruzar jurisdicciones ajenas", porque en los orígenes suelen las cosas todas, andar confundidas —tratándose de un libro acerca de orígenes en Grecia, no parece impertinente recordar la venerable concepción griega del origen de todas las cosas, el caos: en todo caso, "la crítica apareció frecuentemente confundida con otros propósitos". Así es como Alfonso Reyes no pudo menos de encontrarse llevado a dar a su estudio un contenido que a quien no tenga en cuenta lo que acabo de apuntar puede parecerle en desproporción con los resultados referentes a la crítica, aun tomada con arreglo al más amplio "criterio de tolerancia". Como el propio Alfonso Reyes recapitula al emprender la jornada platónica: "Pongamos a un lado Aristófanes

\* Alfonso Reyes. *La crítica en la edad ateniense* (600 a 300 A. C.) El Colegio de México, 1941.

que, por excepción, se acerca a la crítica independiente . . . Prescindiendo de aquel sentimiento indefinido a que se refiere nuestra primera lección —el de goce y estimación de las obras literarias, poéticas en aquellos comienzos, implicado por el que se declamasen en público, fuesen objeto de certámenes y recompensas, sirviesen de base a la educación y se recopilasen—, el cuadro se reduce a esto: los físicos piden a la poesía la representación del universo, y le oponen reparos teóricos o la defienden con recursos alegóricos; los sofistas buscan en la poesía los estímulos cívicos, y en la prosa la función persuasiva, que comunique a los auditorios la ilusión de la verdad; los historiadores exprimen en el poema la representación del hecho social, y examinan la veracidad del dato envuelto en las galas artísticas; Sócrates investiga la utilidad moral del arte y distingue entre el don creador y la facultad crítica. Y Platón ahora, legislador de la perfecta República, subordina rigurosamente la apreciación crítica a los fines del Estado, acomodando la poesía dentro de una figura política que, a su vez, acomoda en una figura filosófica. Hay que añadir: "apenas hay crítica en Isócrates"; Aristóteles "inicia con sano instinto una independencia en el juicio literario, pero su espíritu sistemático le impide consumarla del todo; y cuando la plantea con mayor audacia no es en su teoría estética, sino en las observaciones y vislumbres sueltos sobre los famosos enigmas", "los lugares poéticos en su aspecto de problemas"; "Y he aquí por qué los *Caracteres* interesan a la historia de la crítica: son su complemento, son la ejemplificación de los preceptos críticos". Todo ello quiere decir que en la literatura de la edad ateniense apenas se encuentra la crítica literaria, pero nada de ello quiere decir que no hubiese apenas crítica literaria en la edad ateniense. La hubo, pero sin pasar más que apenas a la literatura: la hubo fuera de ésta, en torno de ella, antes de ella; en las "charlas . . . de los vecinos, de la gente culta, de los corrillos literarios". Eco de esta crítica y prueba de su existencia, la que se encuentra principalmente en Aristófanes, la más independiente de cuanto no es la crítica misma. Alfonso Reyes ilustra la existencia y la forma de esta crítica con el caso del "Madrid de los cafés literarios. La España con-

temporánea deja muchos testimonios escritos de su apreciación sobre libros y autores. Sin embargo, una buena porción de crítica ha escapado a la letra impresa y se ha disipado en las tertulias; valores sobreentendidos, dictámenes de que nunca o raras veces se dió información a los profanos, al público en general": "parangón" verdaderamente agudo. El hecho significativo es, pues, que en la edad ateniense existió una crítica literaria oral que entró en la literatura sólo exigüamente y confundida con otras cosas; y lo significativo del hecho es tanto como la existencia de tal crítica oral, la exigüidad de su entrada en la literatura y su confusión con otras cosas en ella. Por eso la conclusión es que entre los otros "criterios que la Edad Ateniense aplicó a la estimación de la literatura", el religioso, el ético y político y el formal o preceptivo, el criterio propio, el estético, "se demuestra" con "escasez" que "a lo largo de nuestro viaje no ha podido menos de impresionarnos" y el problema es realmente el de Saintsbury: "¿Acaso la Antigüedad toda se ha pasado la consigna de desconocer en la literatura el placer estético?" Por lo mismo tiene su gran valor, aun para la Historia de los orígenes de la crítica literaria, la Historia de la literatura y de la filosofía griegas en la edad ateniense que viene a hacer Alfonso Reyes, y no sólo en sí —pues está llena de, cuantos empeños, tantos logros: la síntesis de "las bases de la crítica naciente" y de los "gérmenes de la crítica"; la puntualización de los límites de la crítica griega, de su confinamiento "dentro de las fronteras de su habla y de su literatura", de su negligencia con la lírica, y la interpretación de estos fenómenos; la exposición de las dos exégesis, racionalista y alegórica, esgrimidas por los físicos en su guerra de Troya por el mito; las semblanzas de Aristófanes, Isócrates, Teofrasto, que dejan en el goce *sui generis* que hay en la suspensión blanda y vagamente oscilante, lo mismo en el caso de la hamaca que en aquellos en que se mece el sentimiento o la inteligencia, como en éste de admiración que quisiera escoger y no puede; el análisis y la "explotación" toda de la difícil *Poética de Aristóteles*; el método, de una "galería de retratos" que conservan a las personalidades y sus obras la unidad esencial a su realidad auténtica, disipada y con ella esta reali-

dad, por otros métodos de *Geistesgeschichte* sin por ello dejar de "comprender" las personalidades y sus obras por la realidad y unidad circundante, ambiente, de la *Polis*, primer principio, en efecto, de toda comprensión cabal de Grecia; el párrafo final del capítulo sobre Teofrasto, que cierra la "galería" con una integración de los *Caracteres* en el "carácter" de *Un ateniense cualquiera* que hace pensar en recomposiciones de figuras como *El romano* y *El ateniense en La ciudad antigua* o las que sean de la misma alcurnia historiográfica. El que se creía especialista se escuece de encontrarse con que Alfonso Reyes sabe lo que él creía saber en cuanto especialista y encima mucho más que no sabía ni en cuanto especialista, ni en cuanto ninguna otra cosa. Por todas partes, proyectadas luces originales y como consecuencia alumbrados parajes y horizontes nuevos. Y todo, animado por un estilo al que no ha fatigado aunque el escritor lo haya temido, la ciencia de este libro de ciencia; un estilo que a la ciencia, virgen de él en la inmensa mayoría de los casos, la ha dejado en éste trémula, vibrante para siempre de haber sido fecundada por el arte literario. En fin, entre los valores de un libro hay que contar no sólo lo que da, sino también lo que no da, cuando esto lo señala, lo acota o simplemente lo sugiere. Concediendo la inexistencia de fuentes para un estudio más amplio de lo que fuera la crítica oral misma en que tuvo sus verdaderos orígenes la crítica literaria independiente de lo que no es la crítica literaria, las fuentes existentes para la Historia de la cultura griega en general ¿no permitirían estudiar, por medio de aproximación de fuentes y reconstrucción conjetural lo que aquella crítica originaria pudo haber significado, a fondo, en la cultura y vida griega coetánea y para toda cultura y vida humana?, lo más interesante en definitiva. Y: los orígenes de algo donde no existe aun resultan esclarecidos decisivamente por el estudio de los orígenes donde ya existe; el despuntar de la crítica literaria en la literatura donde despuntó inequívocamente como género literario ella misma, digamos en Longino, he aquí el brote que habría que acchar para comprender lo que no había pasado hasta entonces, lo más acabadamente posible en su significación histórica griega y

teórica universal. El doble estudio proporcionará muy probablemente elementos para acercarse a la solución del problema de Saintsbury, en el sentido de "que el reconocimiento del valor estético como valor autónomo es relativamente moderno, y que su mismo arraigo en todos los intrincados suelos del alma ha determinado el que sólo se logre aislarlo en época tardía", y aun del problema que esta solución a su vez plantea, el problema de la posibilidad de "alcanzarse la obra de suma belleza sin una percepción teóricamente autónoma de la belleza", que sería "el enigma griego". En este su libro pues, se pide tácitamente Alfonso Reyes a sí mismo un muy determinado complemento —por ventura una petición, propia o ajena, de un libro a Alfonso Reyes dista de ser la de peras al olmo, pues que Alfonso Reyes es prolífero de libros como los árboles de sus naturales frutos; y esta comparación viene tan a cuento como paso a añadir.

Desde su entrada misma, ya de nota, en el mundo de las letras, se acreditó Alfonso Reyes de tan de corazón aficionado de Grecia como penetrante intérprete de las obras de su cultura. Esta su como nativa, como temperamental afición por la madre y maestra de la cultura de Occidente, es sin duda motivo aun de este último retorno periódico a ella. Pero este motivo se revela englobado en una motivación mucho más amplia, profunda, significativa. De la palabra oral nació segundona la escrita, mas para acabar disputando a la hermana el mayorazgo. El escribir ha llegado a ser actividad que informa la vida entera del sujeto, forma de vida; el escritor, un tipo de hombre. Este tipo aparece incorporado con peculiar pureza por el hombre de letras, que no es exactamente ni siquiera el literato, menos aun el poeta o el novelista. El hombre de letras no es el mero hombre de *letras*. El hombre de letras, para poder serlo, ha menester ser un hombre de *ideas*. Las letras son el contrasentido de unos meros signos insignificantes, sin las ideas. Pero el hombre de letras, que no es el autor de literatura "de imaginación", tampoco es el autor de pura literatura "de ideas". Una síntesis *sui generis* de ficción e ideación es lo característico de la obra que caracteriza a su vez al hombre de letras. Por otra parte, la grandeza de los hombres

depende de una conjunción personal con la histórica del grupo humano a que pertenecen o "representan". Pues bien, Alfonso Reyes encarna con singular propiedad y eminencia el hombre de letras. Al que entra en su amistad le depara un espectáculo suscitante de filosófica admiración y consideración: el del "carácter" del hombre cuya forma de vivir, de vivir las cosas, de vivirse a sí mismo, es el escribirlas, el escribirse, el escribir, no tanto viviendo para escribir cuanto escribiendo porque vive. De otro lado, sin duda hay ya, en el pasado y en el presente, muchos escritores, y habrá muchos más en el porvenir, representativos de este grupo humano históricamente ya grande, pero se presagia harto mayor todavía, y es la América de lengua española: más hombre de letras representativo de esta América no parece haber habido ni haber muchos, ni siquiera pocos, ni es nada probable que los haya, como Alfonso Reyes. En suma, Alfonso Reyes es uno de los grandes hombres de letras de todos los tiempos. Ahora bien, el hombre de letras hombre de ideas, es el único escritor o literato que ha podido estar siempre en potencia próxima de dar un paso que hubiera traído al hombre de letras una plenitud definitiva: el paso a la reflexión sobre la literatura y el escribir mismos, sobre la propia actividad, pero como forma de vida y hasta el fondo último de esta forma. Sin embargo, ninguno hasta el presente dio realmente este paso. Faltaban sin duda las condiciones históricas para poder darlo. Estas condiciones parecen no seguir faltando en nuestros días. Rezumante, rebotante de su excepcional experiencia erudita y vital del oficio literario, Alfonso Reyes ha emprendido una nueva jornada de su obra y vida: la de la reflexión, no ya ocasional y marginal, sino temática y sistemática sobre su oficio en el sentido y con el alcance indicado. De las obras en plural gestación viene dando parciales anticipos en conferencias y revistas. La jornada lo será, al cabo y en suma, de filosofía de la literatura, este "sector de la cultura" tan principal en el mundo entero de lo humano. El hombre de letras es un prefilósofo y un prefilósofo ha habido siempre en Alfonso Reyes: desde *Cuestiones estéticas*, muchos de sus ensayos apenas se distinguen o no se distinguen nada, de muchos de los escritos de los filósofos que han alternado a lo

largo de la historia de la filosofía con los filósofos "científicos" y "sistemáticos", en ritmo señalado por Dilthey por razones radicadas a una en la esencia de la filosofía y en la naturaleza humana. El único origen de toda filosofía original ha estado y estará en ahondar hasta sus "principios" cualquier cosa: por eso hay filosofías de todas las cosas, de la naturaleza, de la historia, del derecho, de la religión, del arte . . . del dinero, de la coquetería . . . ; por eso la filosofía puede ser "ciencia", o lo que más bien sea, de todas las cosas y de algunas otras. Mas después del ahondamiento de la naturaleza y de las ciencias de ésta que ha predominado en la filosofía hasta los tiempos contemporáneos, en la actualidad es el ahondamiento de las ciencias humanas y de las cosas humanas en general —la ciencia natural y la naturaleza mismas consideradas, no la primera por su objeto y como éste la segunda, sino ambas por su sujeto humano— lo que primordialmente preocupa a la filosofía y le promete novedades más fecundas. Característico de este ahondamiento es el tomar las ciencias y las cosas todas humanas en su más radical y auténtico estrado, el de su historicidad. El tener el hombre en cuenta su pasado no es de hoy: sí lo es el tener de él la conciencia que se llama "historicismo". En este historicismo contemporáneo, actual, consisten últimamente las condiciones de posibilidad del paso del hombre de letras a la reflexión sobre su propia actividad antes echada de menos en el pasado. Con este historicismo venía a consonar la afición de Alfonso Reyes por Grecia y en él tiene su inspiración indesconocible este su retorno último, a los orígenes en Grecia de la crítica literaria de Occidente. En el pasado del hombre occidental es Grecia el ilustre origen de la mitad, por lo menos, de las cosas. Y en los orígenes de las cosas, se tiene la convicción previa y hasta inconciente de sí, de hallar paladina su esencia. Un último punto. Tradicionalmente han venido ciencias y filosóficas disciplinas cultivando sus campos bien deslindados unos de otros. No podía empezar siendo sino así, pero no por ello, o más bien, justo por ello, son hoy los temas fronterizos, entre los territorios de competencias diversas, los más prometedores para la investigación científica y sobre todo la reflexión filosófica. Los tra-

bajos del hombre de ciencia tienen siempre una perfección técnica y ofrecen por consiguiente una garantía que no alcanza nunca el profano que se aventura por el mismo campo, pero los trabajos del hombre de ciencia se manifiestan frecuentemente incapaces de una renovación que aporta precisamente el profano. Es que el hombre de ciencia hace de su técnica profesión y acaba preso de los hábitos y tradiciones de esta última, mientras que el profano tiene los ojos limpios de ideas preconcebidas, al menos oriundas de la ciencia misma. Los temas fronterizos permiten, incitan peculiarmente la renovadora colaboración del hombre de ciencia y del profano como no puede darse dentro de los campos bien deslindados de las ciencias. Así, en la ciencia y la filosofía de la literatura pueden y deben poner, el hombre de ciencia, filólogo o historiador de la literatura, filósofo, la técnica científica, filosófica; el hombre de letras —y aun el escritor en general con proclividades ideológicas, que parecen requisito indispensable—, la experiencia vital y profesional de la literatura. Caso singularmente favorable sería aquel en que en una persona coincidiesen sin anularse, antes potenciándose mutuamente, el hombre de ciencia y el de letras; pues bien, tal es el caso de Alfonso Reyes, señor de las técnicas de la filología y las ciencias literarias que no ha hecho de ellas profesión y no ha matado en sí al hombre de letras, tan vivo en él como siempre, como nunca, si renovarse es no morir. Sólo toda esta inserción de *La Crítica de la edad ateniense* en la jornada actual de Alfonso Reyes y de esta jornada en la marcha de la cultura contemporánea, donde aún no la han interrumpido —no será más que una interrupción—, los acontecimientos bélicos, da al libro objeto de esta reseña su significación cabal en la obra imponente ya del autor y en la producción intelectual de nuestros días y de los venideros. Uno de éstos por venir. México se ufanará de que de él haya salido una aportación a las letras y al pensamiento universales de los valores patentes en la de Alfonso Reyes. Valores, por lo demás, que el extranjero, como en Europa en la América de lenguas ibéricas e

inglesa, que ha tenido ocasión de conocer a Alfonso Reyes, viene reconociendo desde que empezó a tener esta ocasión.

José GAOS.

*El Noticiero Bibliográfico.*

Fondo de Cultura Económica, III, 3  
de enero de 1942.

Reproducido en *Pensamiento de lengua  
española*, México, Stylo, 1945.  
págs. 215-233.

#### PARA LA HISTORIA DE LA CRÍTICA

Probablemente ningún otro escritor mexicano, de cualquiera época, ha mostrado, como Alfonso Reyes, una gama tan vasta de interés intelectual y preocupación estética, impregnados por una maciza cultura filosófica e histórica. Alfonso Reyes es polifacético, sin sacrificar nada de su hondura. Tiene el don extraordinario de abarcar mucho y a la vez de apretar fuerte. A lo cual se aúna su depurado y elegante estilo. Medularmente un artista del pensamiento, no confina su prodigiosa actividad mental a los dominios, ya de suyo vastos, de la literatura, sino que la derrama, sin disolver su vitalidad, por los solares de la historia y la filosofía, donde transita igualmente como por lo suyo. No sería hiperbólico saludar a Alfonso Reyes como nuestro más grande polígrafo, el Menéndez Pelayo mexicano (sin que eso signifique una mera réplica de don Marcelino).

Así, en el último libro de Alfonso Reyes, *La crítica en la edad ateniense* (México: El Colegio de México, 1941, 384 páginas), no se sabe de qué asombrarse más, si de su erudición filosófica o de su afinado análisis y capacidad para manejar el tamiz de la crítica. Resulta de ello que su obra es al mismo tiempo valiosa contribución a los estudios filosóficos y a los de historia de la literatura.

Alfonso Reyes nos encara con lo que llama "el enigma griego" o sea el fenómeno paradójico de que, siendo Grecia ante todo una insuperable creadora de belleza, no haya aplicado en mayor medida a sus propias producciones el criterio estético. La crítica en la edad ateniense echó más bien por los cauces del criterio ético, político, religioso y preceptivo formal. Y dicha crítica apenas si se ocupó de la lírica; dedicóse mejor a la épica y el drama, que consideró refundidos; casi pasó por alto, también, la historia y la oratoria. Pero "el enigma griego" se explica porque "una cosa fué la creación y otra la crítica". A la edad clásica "la belleza se le había

dado a manos llenas. En el despilfarro de su opulencia, derramaba el oro sin pensarlo”.

Como valor adicional, aunque no precisamente secundario, los estudiantes de filosofía hallarán en este libro notables análisis explicados de las obras fundamentales de la filosofía y la literatura clásica.

Pedro GRINGOIRE.

*Excelsior*, México, 15 de febrero  
de 1942.

## CRÓNICA LITERARIA

*La crítica en la edad ateniense y Pasado inmediato*, por

Alfonso Reyes

“Cuando, en materia literaria —escribe Alfonso Reyes— la crítica se limita a registrar los hechos, se queda en historia de la literatura. Cuando define, por esquema y espectro, el fenómeno literario, es teoría de la literatura. Cuando pretende dictar reglas a la creación, autorizándose ya en la experiencia o ya en la doctrina —sea ésta filosófica, estética, ética o hasta meramente política— se desvirtúa en preceptiva. En los dos polos del eje crítico encontramos el impresionismo y el juicio. Aquél es la crítica artística, creación provocada por la creación; no parásita . . .”

Los distintos aspectos de un género que, a menudo, se mezclan y suelen aparecer confundidos y hasta confusos ante el ojo profano, distínguense aquí con el nítido orden y la fineza mental que constituyen unos de los rasgos característicos de Alfonso Reyes, “el perfecto humanista”, según se le ha llamado, el erudito cabal, moderado, refinado, sensible.

No hay parasitismo en la verdadera crítica, sino al revés; el parásito destruye su fuente alimenticia, en vez de enriquecerla y potenciarla, descubriéndola y, en no pocas ocasiones, creándola de la nada o de un corpúsculo apenas desarrollado, como lo hace el buen comentador, eco sonoro de una realidad hablada o impresa, igual que el novelista o el poeta multiplican, comentándola por su resonancia íntima, la realidad percibida en otro ámbito.

Hemos visto un polo, el impresionista. En el otro reside el juicio: “corona del criterio . . . alta dirección del espíritu que integra otra vez la obra considerada dentro de la compleja unidad de las culturas . . .” Es la aplicación de la inteligencia, de la razón racionante, de la facultad teórica y generalizadora, tras la